

mi cabaña, mi mundo

redes de ensueño

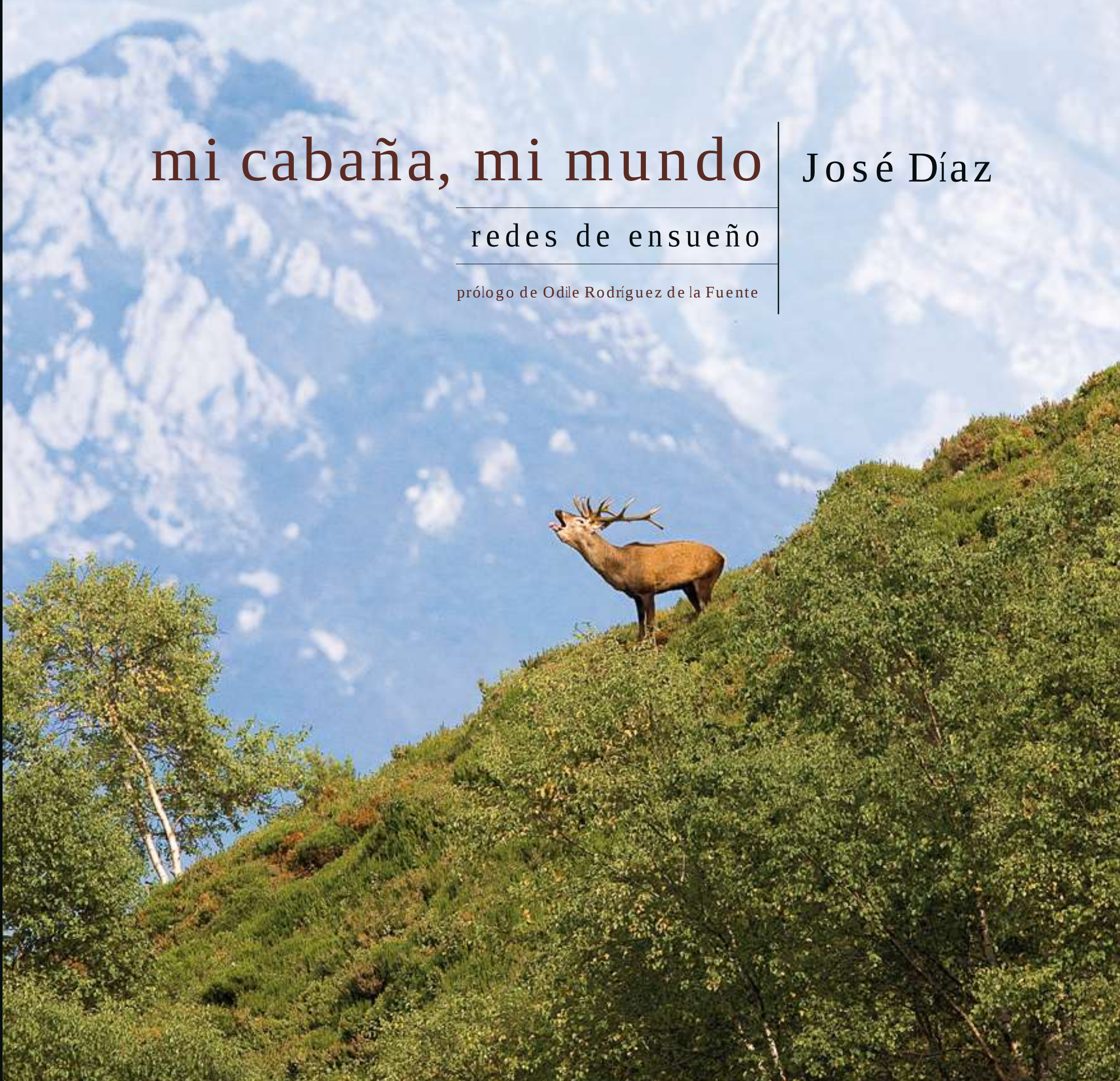
prólogo de Odile Rodríguez de la Fuente

José Díaz

He aprendido que estar con aquello que me gusta es suficiente

Walt Whitman

”







A todos y cada uno de los habitantes de Caleao, que con su ayuda desinteresada han contribuido a que este libro se llene de contenido.
En especial a **Pepe, Enedina y Juanjo**. Muchas gracias.

Aunque sin la ayuda de mi mujer y mis hijos no hubiera sido posible realizar este trabajo, quiero dedicárselo especialmente a mi hermano **Tino** y a mi tío **Guti**. Eran dos de las personas con las que mejor me sentía y que me regalaban momentos y vivencias especiales que no se pueden compartir con cualquiera. Cada uno de los minutos que estoy a solas en mi cabaña, que son muchos, no dejo de recordarlos y percibir su compañía.

También a **David**, hijo de Marina, que nos dejó repentinamente.



índice

Introducción	11
<i>José Díaz</i>	
Prólogo	15
<i>Odile Rodríguez de la Fuente</i>	
Mapa	21

álbum de fotos

Luces y sombras	24
Texturas	56
Miradas	80
Bosque	184
Insectos	206
Agua	222
Nieve y niebla	244
Otoño	274



intro.

Redes de ensueño

En el resurgir de mi amor por la naturaleza fue determinante mi encuentro hace algunos años con José M^a Fernández Díaz-Formentí, el mejor fotógrafo que he conocido y aún mejor persona.

Ya desde pequeño disfrutaba de continuas salidas al monte, especialmente al parque de Redes (hoy Reserva de la Biosfera), del que en algún momento me enamoré definitivamente. Eran ya muchos años anhelando tener allí una cabaña, rodeada de bosques y arroyos de aguas puras y cristalinas, alejada del ruido y no muy distante de mi casa, para así facilitar las visitas.

Tras muchos intentos y afanosa búsqueda, y gracias a un amigo que poseía una en los montes de Caleao, población del concejo de Caso, conseguí por fin alcanzar mi sueño. La cabaña superaba todas mis expectativas.

Tras una dura rehabilitación, meses de frenético trabajo y con la ayuda inestimable de un vecino del pueblo, conseguí terminarla. No quería perderme ni un solo minuto, así que conseguimos estrenarla en agosto de 2005, disfrutando de toda una quincena en compañía de mi mujer y mis hijos, experiencia de la que conservo un recuerdo maravilloso.

A partir de esa época reconozco que, de alguna manera, hice compatibles mi vida laboral y familiar con el máximo disfrute de la cabaña. Trabajaba duro de lunes a jueves, intentando disponer de las tardes de los viernes para escaparme a visitarla, y dar un paseo por sus alrededores. Convencí, o más bien negocié con mi familia, el subir todos juntos un fin de semana al mes. Allí pasamos alguna semana santa, unas navidades y bastantes puentes. Así fue como este hábito se convirtió en algo sagrado para mí: no me importaba subir de día o de noche, con frío o calor, lloviendo o nevando. El caso era subir. Lo necesitaba como el comer.

Y fue así como empecé a descubrir la fotografía en mis constantes paseos, primero captando los paisajes,

más tarde descubriendo la inmensidad en los pequeños detalles, escudriñando el interior de los bosques y todos sus mágicos pobladores. Me asombraba la vida que iba encontrando al observar el bosque con la curiosidad de un niño que juega: flores, líquenes, hongos, insectos. . . , etc. Mundos de color, geometrías y diseños de mágica perfección, modelos en los que inspirarme, incluso para mi quehacer profesional.

Finalmente, a raíz de mi primer, pudiéramos llamar, encuentro frontal con un animal salvaje, descubrí la emoción que se siente al fotografiarlo en total libertad. Esa sensación, difícil de describir, fue la que me animó a continuar. La práctica, el esfuerzo y, sobre todo, una paciencia casi zen, me aportaron la experiencia necesaria para elegir el lugar y el instante, a veces fugaz como una chispa, en que poder captar dichos encuentros, que casi siempre se producían al amanecer y al anochecer. Mis tácticas eran dos: permanecer inmóvil durante varias horas escondido detrás de un árbol o entre la vegetación o, por el contrario, desplazarme lentamente con el máximo sigilo y atención, durante horas incluso, por donde antes había

visto algún animal. No hubo ni un solo amanecer o anochecer que no saliese a la caza de fotos de fauna. Así, después de cientos y cientos de paseos y caminatas, conseguí hacerme con un amplio archivo de momentos con mis vecinos salvajes. Y en ocasiones, incluso, llegué a reconocer a varios de ellos por sus rasgos peculiares. Sólo me faltaba bautizarlos, pues de alguna manera ya eran parte de mi vida.

Me costó decidirme a escribir este libro, sobre todo después de haber conocido las obras de Chema Formentí. Sus estupendas fotos, difíciles de igualar, estaban acompañadas de unos textos agradables, sencillos e impecablemente redactados. Curiosamente, era Chema quien más ponderaba mis fotografías, lo cual resultaba realmente motivador. Creo que esto fue el empujón definitivo. La intención era preparar un libro con imágenes de animales salvajes en condiciones de total libertad alrededor de mi cabaña, corzos especialmente, además de venados, zorros, jabalíes, gatos monteses, etc., así como fotografías de momentos especiales y curiosos que viví en esos paseos.

Una vez acabado, quisiera disculparme por la baja calidad de algunas imágenes, ocasionada por los necesarios ajustes en mi cámara que la escasa luz del interior del bosque me obligaba a realizar. No intenta éste ser un libro de buenas fotografías convencionales, sino de vivencias especiales, en lugares especiales, con vecinos especiales, narradas en un tono de sinceridad y, sobre todo, muy personal.

Es mi manera de contar esos momentos que he vivido en y compartirlos con aquellas personas dispuestas a contemplarlos con la misma emocionada mirada.

luces y sombras

Todo me sorprende cuando estoy en el monte, pero sobre todo el constante cambio de luz: cada minuto, cada hora, cada día, es diferente al anterior. Luces rasantes que magnifican los volúmenes que las luces altas ocultan. Luces filtradas a través de las nubes y la niebla recreando escenarios misteriosos. Luces en las despejadas noches de luna llena que, una vez acomodada la vista, permiten disfrutar de azulados paseos. Momentos en los que me siento entre las sombras de los árboles a escuchar la gran sinfonía de sonidos que del bosque emana: la fauna que permaneció dormida a lo largo del día, despierta en la noche y su vida se activa.

Sólo hay algo tan inevitable como la muerte: la vida. Charles Chaplin



texturas

Cada centímetro cuadrado de una piedra, del suelo del bosque, de un prado, del tronco de un árbol, de la orilla de un arroyo... esconde multitud de secretos que descubro al echarme al suelo para hacer una foto. A veces en esos pequeños espacios hay verdaderos ecosistemas: distintas plantas, líquenes y hongos de diferentes colores y formas. Al ver las fotografías en el ordenador, las pequeñas plantas se convierten en grandes árboles, las menudas hojas del musgo en extensas praderías, las gotas del rocío en resplandecientes lagunas. Es el mundo en miniatura. El juego mágico de las escalas. Esos detalles que el ojo no ve a primera vista, acaban sorprendiéndome e impresionándome.

El mundo es un bello libro, aunque inútil para los que no saben leerlo. Carlo Goldoni



miradas

Ojalá estas fotografías ayuden a comprender lo que se siente cuando se intercambia una mirada con un animal salvaje. Yo lo entendí a la primera. Miradas de dulzura, miradas asustadizas, de inocencia, extrañeza, curiosidad...

Estaba acostumbrado a caminar por el monte sin vivirlo realmente. Con una ruta preestablecida, sin pararme más que a descansar, para después intentar recuperar el tiempo perdido. Sólo pendiente de las piedras o ramas para no tropezar. Pocas veces disfrutaba del paisaje y, cuando lo hacía, era por cortos espacios de tiempo. De vez en cuando veía algún animal alejarse asustado por mis movimientos.

Mi percepción del monte cambió cuando mis incursiones tuvieron la cabaña como punto de partida. Empecé con dilatados paseos por sus cercanías, caminando casi de puntillas, evitando pisar hojas secas o ramas. Cada poco me paraba y giraba la cabeza fijándome hasta en el más mínimo detalle, e intentando captar cualquier sonido procedente de un animal: esa era la forma de descubrirlos antes que ellos a mí. Así contaba con un poco de ventaja a la hora de fotografiarlos. No era fácil, pues no competía en igualdad de condiciones. Su vista, olfato y oído superaban los míos con creces, por lo que, además del sigilo, debía estudiar la dirección del viento y vestirme con prendas que se mimetizasen con el bosque. Alguna vez me reí de mí mismo al verme vestido cual Rambo, y utilizando objetos cónicos que, arrimados a mis orejas, amplificasen los sonidos. Fui depurando la técnica, hasta llegar a ser muy certero en mis salidas. En todas ellas, normalmente en amaneceres y atardeceres, conseguía alguna fotografía con la que ampliar mi archivo, hasta llegar a recopilar varios miles de instantáneas de animales salvajes en libertad. Significan momentos muy especiales, y aún hoy ojeándolas recuerdo el instante y el lugar en el que las hice y al animal retratado, cosa chocante en un desmemoriado como yo. No obstante, creo recordar que en algún test psicológico que me hicieron de pequeño, lo más reseñable era mi buena memoria fotográfica. ¿Se referirían a eso?

Un país, una civilización se puede juzgar por la forma en que trata a sus animales. Mahatma Gandhi



25/01/08 | 14,28 h.



02/06/07 | 07,26 h.



16/02/08 | 16,17 h.



07/03/08 | 10,21 h.



26/07/07 | 17,43 h.





28/03/08 | 15,58 h.



28/03/08 | 16,26 h.



01/04/07 | 11,57 h.



28/01/07 | 13,42 h.



01/04/07 | 09,03 h.



01/04/07 | 09,04 h.



06/04/08 | 08,20 h.



06/04/08 | 08,21 h.



06/04/08 | 08,29 h.



29/03/08 | 17,25 h.



29/03/08 | 17,28 h.



14/09/07 | 19,58 h.



06/05/07 | 08,20 h.



29/09/07 | 11,38 h.



20/07/07 | 09,09 h.



29/06/07 | 17,36 h.



03/08/07 | 06,54 h.

agua

Hay un momento inolvidable que provocó en mí una reacción espontánea y simpática a la vez. Fue el primer día que visité la cabaña con la intención de inspeccionar el terreno que le pertenecía, el cual no conocía en detalle. Empecé por la parte alta, la zona más boscosa, y lo recorrí de arriba abajo hasta llegar a un pozo con una pequeña cascada, que en aquel momento me pareció un lugar de gran belleza. Inconscientemente, me sorprendí con los brazos en alto, mirando al cielo y gritando como un loco. Creo que en el fondo estaba dando gracias a Dios por tal concesión. Todos y cada uno de los rincones de estos arroyos de montaña son un tesoro, metáforas de pureza, vestigios de un mundo inalterado y primigenio, que debemos preservar para las generaciones venideras. Transmiten una paz y una armonía difíciles de encontrar en estos tiempos.

El agua es el vehículo de la naturaleza. Leonardo da Vinci



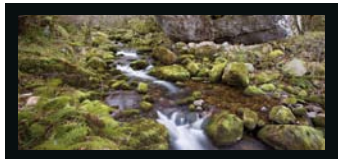


agua



Decía Thoreau que el tiempo no es sino la corriente en la que estás pescando.

1



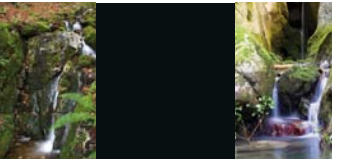
Suelo sentarme en los restos de un antiguo puente a contemplar la cristalina belleza de los cauces de montaña.

5



El agua de este remanso, próximo a la cabaña, está tan limpia que incluso bebo en él cuando me baño.

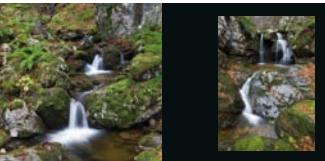
2



El agua atraviesa las rocas calizas, formando bellas estampas.

El color rojo de esta piedra del río de los Arrudos destaca de forma especial. Descubrí el lugar ascendiendo por este cañón prácticamente inaccesible

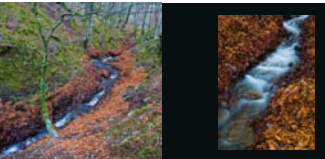
6



En la época de deshielo baja tal cantidad de agua que se forman multitud de pequeñas cascadas.

Lo que en verano no es más que un cauce seco, en invierno y primavera se convierte en un espectáculo de cortinas de agua.

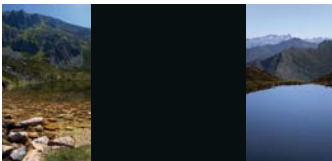
3



Uno de los serpenteantes arroyos que descienden de los collados que rodean a la cabaña, nutriendo el cauce del río de los Arrudos.

Cúmulos de hojas secas flanquean los arroyos, que terminarán arrastrándolas hacia el fondo de los valles.

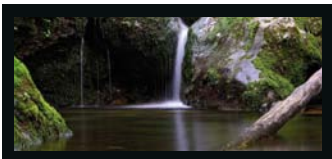
7



En días claros de verano, el agua del lago Ubales es cristalina y transparente, incluso en zonas profundas.

Subo a menudo al lago Ubales, a contemplar los bellos amaneceres en este privilegiado paraje.

4



En este pozo, a menos de 50 metros de la cabaña, suelo darme algún chapuzón, a pesar de sus gélidas aguas, incluso en verano.

8

otoño

A finales del verano casi todo el paisaje continúa siendo verde. Más o menos intenso, más o menos brillante, más o menos claro u oscuro, pero verde. Ya está ahí el otoño, que convierte el bosque en un espectáculo de color. Parece imposible intuir el milagroso cambio que se avecina en las próximas semanas. Una explosión cromática que curiosamente antecede a la muerte de las hojas de sus árboles. Y, cómo no, cada árbol tiene su propio certificado de defunción, su propia otoñada: los robles, las hayas, los abedules, los fresnos, los avellanos, los pláganos, los castaños...Y cuando todos ellos se mezclan en los maravillosos bosques mixtos de Caso, con esa luz otoñal que todo lo resalta, que todo lo satura, el espectáculo es tal que uno cree estar soñando. Soñando despierto, pero soñando.

Algún día el árbol que has tronchado te hará falta para respirar. Iris M. Landrón





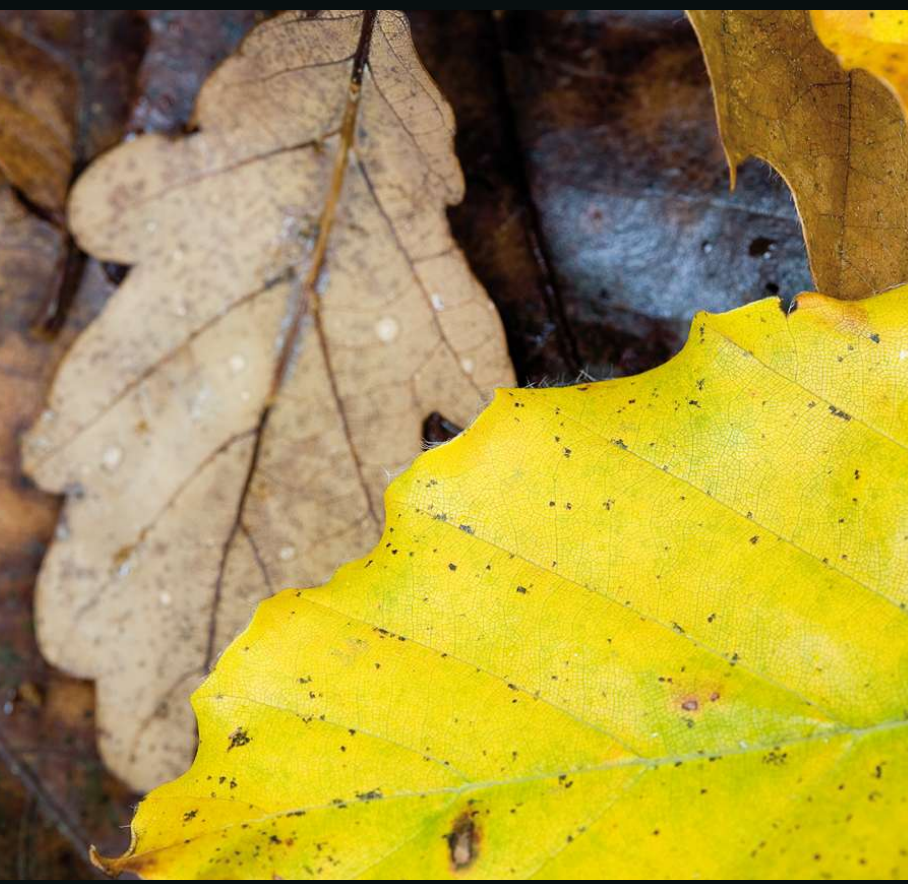


26/10/07 | 15,02 h.

26/10/07 | 15,06 h.



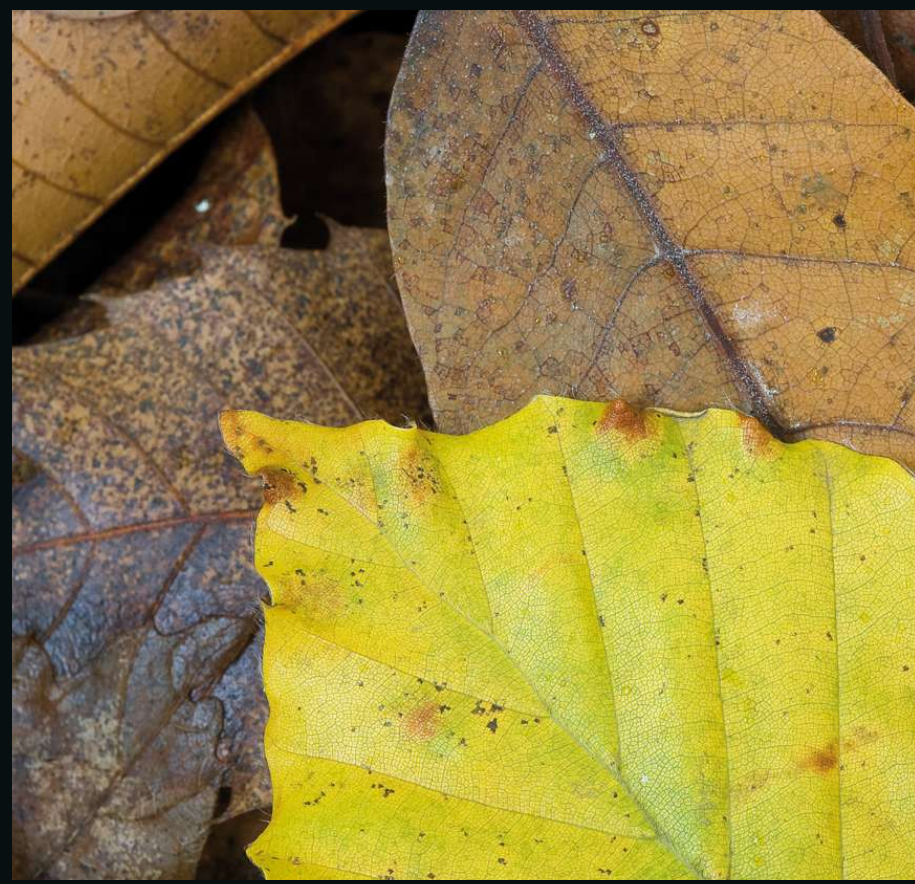
26/10/07 | 15,10 h.



26/10/07 | 15,08 h.



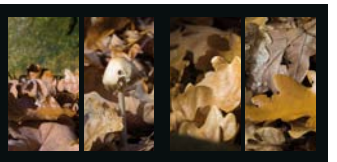
26/10/07 | 15,07 h.



otoño



Coincido con Whitman al pensar que toda pulgada cúbica de espacio es un milagro.



Con la alfombra de hojas secas en el suelo, se complica la posibilidad de caminar en silencio. Cada paso provoca una sinfonía de crujidos.

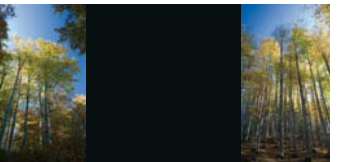
Una seta se abre paso entre un manto de hojas, buscando la tan preciada luz solar, necesaria para su crecimiento.

La plasticidad de las composiciones de hojas secas, amplificada por el efecto de la luz, es sorprendente.

Además de la variedad de tonos y formas, las diferentes texturas de las hojas secas les confieren un sello distintivo.



Echado en el bosque en un día soleado, capté la imagen de unas hayas, que pretenden ganar el cielo.



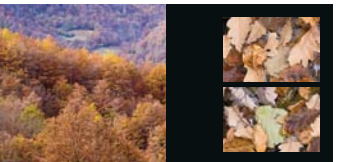
Disfrutando de la belleza del lugar con unos amigos, nos llamó la atención el brillo del sol en las copas de estas altas hayas.

Un amigo bautizó el paraje como la catedral. Al visitarlo, reconocí lo acertado del apelativo para esta arquitectura arbórea.



Hermoso contraste el de las hojas de este roble con un cielo azul de mediados de otoño.

La luz intensa de esta época del año lo ilumina todo con una suerte de colores reflectantes, brindándonos singulares escenarios.



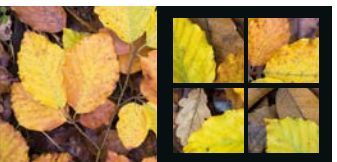
El otoño recrea uno de los momentos más especiales del bosque, ofreciendo un auténtico espectáculo de color.

En los cauces de los ríos, el cúmulo de hojas revela la variedad del bosque mixto: hayas, robles, abedules, fresnos, avellanos, pláganos, etc.

Serenas combinaciones cromáticas, fuentes de inspiración que intento imitar en la vida cotidiana.



A principios del otoño pueden distinguirse las distintas especies de árboles por su característico amarillear o enrojecer.



Las hojas de haya, en forma de pico de lanza, comienzan con un amarillear dorado, que hace resplandecer a los hayedos.

Hojas en distintos estados de descomposición, que pasan de colores claros y luminosos a ocre y negros apagados.

Encontramos en la naturaleza diseños geométricos muy sugerentes, como la enervación de las hojas de haya.

Una hoja de haya de un amarillo oro resalta sobre la pequeña hoja lobulada de roble, de un ocre parduzco.

El gradual tránsito cromático en la otoñada de las hojas recuerda a las cartas de color y pantonarios.